

CAP. XXXIV y XXXV. Los fundadores de Roma privilegiaron un lugar llamado asilo, donde quedase el reo libre de la pena. ¿Pero cuántos asilos levantó la Religión Christiana en los Oratorios y Basílicas en donde se liberraron de la muerte los mismos que ahora la persiguen? Pero tengan todos presente para humillarse, que muchos que estan hoy fuera de la Iglesia pertenecerán á la Ciudad de Dios; y entre los que reciben los Sacramentos no entrarán en ella algunos que al descubierto van con nosotros y con los Gentiles á las Iglesias.

CAP. XXXVI. En este capítulo prometeré el Santo que hará ver en otros libros, que los Romanos quando adoraban sus Dioses padecieron muchos grandes calamidades. Discurre sobre los fines de Dios en haber engrandecido su Imperio; y que argüirá contra los Filósofos que como nosotros confiesan la inmortalidad del alma y un Dios Criador.

TOMO SEGUNDO.

LIBRO II.

CAP. I. y II. Emplea el Santo estos dos capítulos en prevenir, que será preciso detenerse por causa de la tenacidad de los maliciosos, que como dice el Apóstol, siempre estudian (para argüirnos), y nunca llegan á la verdadera ciencia. Repite el consuelo de las Christianas en quienes el enemigo executó violencia, advirtiéndolas que no deben estar tristes, pues no perdiéron la honestidad quando de su parte no consintieron; antes bien tienen que ofrecer á Dios aquel trabajo.

CAP. III y IV. Ya que los sabios de entre los Gentiles no quieren decir á los suyos lo que han leído en nuestras historias de los primeros Christianos, quando los Apóstoles establecieron la Iglesia, no envidien la magstad en que reynan,

que ya lo habia Dios prometido. Dice que los convencerá por sus historias de que antes que el nombre de Christo ofendiese á sus Dioses no hubo sino miserias en Roma. El verdadero Dios dexó leyes para que sus adoradores fuesen santos; pero los falsos númenes no los quieren virtuosos: dice que quando era muchacho iba á la procesion de Berecintia, y en obsequio de esta madre de los Dioses se decian palabras tan obscenas, que ninguno las pronunciaria delante de sus padres.

CAP. V y VI. Que el demonio dispuso que Escipion, varon grave, recibiese la estatua de la madre de los Dioses para engañar al pueblo Romano; pero que ni él ni otro hombre honrado quisiera para su madre propia el culto lascivo que la daban: ¿qué Dioses son estos, que señalaron lugares para dar impunemente rienda á la deshonestidad, y nunca para predicar la virtud? Habia preceptos de la

Filosofia; pero no se predicaban como en las Iglesias la ley de Dios.

CAP. VII y VIII. La idolatría destruia lo que enseñaban los Filósofos, por no tener estos autoridad divina: era mas regular que se moviesen mas los hombres con las torpezas, hurtos y venganzas que sus Dioses habian executado, que con los consejos de otros hombres. Un mozo decia: que él en solicitar las mugeres no imitaba como quiera á uno de los pequeños Dioses sino á Júpiter, el que todo lo hace temblar, y compró la honestidad de Danae. No instituyéron los hombres los juegos torpes, llamados escénicos, sino los mismos Dioses para aplacarse; y así engañaban á los padres para que enseñasen á sus hijos el estudio de las torpezas entre los honestos y liberales.

CAP. IX y X. Castigaban los Romanos á los que en la comedia zaherian determinadamente á un ciudadano, que esto le tocaba al público Censor: luego si los Dio-

ses tuvieran honra, debieran castigar á los que publicaban sus torpezas. No hay castigo suficiente para el que injuria á un Príncipe: ¿qué respeto pues merece una religion que hace ridículos á sus Dioses? Pero los demonios se complacian en que se publicasen de ellos estas abominaciones para allanar el camino á las maldades. Los Griegos daban las ocupaciones de honor á los Representantes de las torpezas de sus Dioses; porque ¿cómo habian de tener por infames á los que executaban este oficio en obsequio de la religion, y para aplacar á los Dioses en las calamidades comunes?

CAP. XI y XII. Dice que los Griegos fuéron mas consiguientes en permitir á los Poetas y Farsantes satirizar á las personas particulares; y supuesto que concedian esta libertad respecto de sus númenes, no hallaban razon para honrar á los Sacerdotes que sacrificaban lo que el ídolo pedia, y tener por viles á los que en el teatro

representaban las torpezas de sus divinidades, quando los mismos Dioses lo habian mandado así. Pero si los Romanos prohibiéron con pena capital los dicterios contra sus personas, mas se estimáron á sí mismos que á sus Dioses; pues en Terencio vemos que con el delito de Júpiter, á quien llamaban Optimo Máximo, se acredita la sensualidad.

CAP. XIII y XIV. Si eran tan moderados los Romanos, que á los Cómicos les priváron de los privilegios de los demas ciudadanos: quando en los juegos escénicos oian las indecencias que decian de sus númenes, ¿cómo no conociéron que eran indignos del culto los que le pidióron para engañarlos que celebrasen sus torpezas? Si el Romano concluye, no se ha de estimar al Cómico que representa las infamias de nuestros Dioses, el Christiano arguye mejor, luego no merecen adoracion tales númenes. Mejor es Platon que todas las deidades, porque este no

quiso en su República Poetas que corrompiesen la juventud con mentiras; y los Dioses pidieron los juegos escénicos en que se recitaban mil torpezas: ¿qué Dioses eran los que no podían dar leyes de moderación en Roma, supuesto que los hechos que mandaban representar animaban á la obscenidad? Labeon decía que Platon merecía los honores de Semi-Dios; pero yo digo que podían tenerle por mejor Dios que Priapo, deshonesto, y que la Calentura maligna.

CAP. XV y XVI. Inconspiciente anduvo Roma, y aduladora en la honra de sus Dioses, porque á Rómulo le igualaron con Júpiter y Marte, señalándole un Sacerdote Flamen como á estos, dexando sin esta dignidad á Neptuno, Pluton y Saturno. Nosotros hemos recibido de nuestro Dios leyes para vivir santamente; pero los Romanos tuvieron que mendigarlas de los hombres extranjeros, porque sus Dioses no cuidaron de que sus adoradores vivieran bien.

CAP. XVII y XVIII. Que Salustio no tuvo razón para decir que los Romanos no necesitaron leyes al principio por su buen natural; pues el robo de las Sabinas arrebatadas con engaño es una atrocidad: si las hubieran pedido á sus padres, y hubiera su negativa dado motivo á una guerra, diríamos que las habían tomado por derecho de guerra; pero ¿qué razón tuvieron para tener por Dios á Rómulo, autor de esta maldad? si no que quieran probar su bondad natural con el destierro de Colatino sin mas motivo que tener parentesco con los Tarquinos, como si el nombre fuera delito, ó con el deseo de oprimir los Padres al pueblo, y estos á los Padres. Recopila el Santo lo que dice Salustio de los males de Roma, y de las crueldades de las guerras civiles, y arguye así: si todas estas miserias viniéron antes que Christo naciese de Maria Santísima, el que nos sacó de la tiranía de sus Dioses, y reprime

con su doctrina la codicia y ambicion que causaron las desdichas de la República, ¿por qué le atribuyen los males presentes, quando con su doctrina va sacando ciudadanos para la ciudad eterna?

CAP. XIX y XX. Dicen los historiadores de Roma, que esta se maleó despues, pervertidos sus jóvenes con la soberbia y regalo de la vida ociosa, ¿qué hicieron sus Dioses que no dieron leyes contra el luxo y ambicion? Lean pues los Profetas y las Epístolas de los Apóstoles, y verán quantas máximas hay del Espíritu divino contra la vida regalada, ¿cómo ha de haber influido la Religion Christiana en el luxo, si sus preceptos de austeridad obligan hasta los Reyes y soldados? Pero no quieren la continencia, sino que haya abundancia de mugeres públicas, bayles y diversiones, y que al que se oponga á esta felicidad puedan todos echarle adonde no le oigan, que solo se tengan por Dioses los que se man-

dan venerar con estos excesos y torpezas. CAP. XXI y XXII. En este capítulo se trata de la controversia que introduce Ciceron en un diálogo, y dice: que el gobierno de una República es semejante al de una cítara, que constando de cuerdas de diferentes sonidos, dando á cada una lo que le pertenece, resulta la agradable armonía; y en la justicia consiste la conservacion de una República compuesta de gentes tan diferentes entre sí: nada de esto, dixo Ciceron, debe haber entre los Romanos, entre los quales estan desacreditadas las costumbres de los antiguos que la engrandecieron. Entónces no habia nacido Jesu-Christo, luego no influyó la Religion Christiana en las desgracias de Roma; antes bien no siendo verdadera República en donde no hay justicia, en ninguna la hay mejor que en la que fundó Jesu-Christo para todo el mundo, y en la Ciudad de Dios, de la que se dice: *gloriosas cosas se han di-*

cho de ti. Ya se habia perdido Roma antes de predicarse la Religion Christiana: en boca de todos anda el dicho de Virgilio: que la desampararon los Dioses que la conservaban: no se quejen pues de los Christianos que aun no habia: podian tener presente que quando los Galos tomaron la capital, mas debieron á los ganosos que los despertaron, que á los Dioses.

CAP. XXIII y XXIV. Demuestra que los bienes y males de la vida vienen de Dios; y para que no lo atribuyan á los Dioses, cita á Mario, hombre baxo y cruel, que fue afortunado, y le contrapone á Régulo, hombre honrado y muerto á fuerza de atormentarle. Teniendo los dos las mismas deidades, Catilina fue perverso y al mismo tiempo desdichado, y Metelo tenido por bueno, fue dichoso en lo temporal: en hacer mal pueden algo los demonios; pero su poder no pasa de lo que les concede Dios por sus ocultos juicios. Si el demonio repartiera los bienes, no

se los hubiera dado á los buenos. Quando Sila fue á Roma contra Mario, le dixo el sacrificador, que eran tan prósperas las señales, que pondria su cabeza por el buen suceso. ¿Qué Dioses son estos que aconsejan venganzas? ¿Por qué los que así adivinan no dicen quantas desgracias hubieran evitado sin las guerras civiles? Pero los demonios van al fin de que los tengan por Dioses, para que no conozcan al verdadero que aconseja la caridad.

CAP. XXV y XXVI. Dice que los malignos espíritus interponen su exemplo para que los hombres sean malos, y así para animar al furor de las guerras civiles, dixeron los autores Gentiles que se habian visto los Dioses peleando entre sí. ¿Qué mejor medio para fomentar la discordia que apoyarla con su exemplo? De este modo, quando pidiéron los juegos deshonestos de la escena, acreditaron las abominaciones: por las malas costumbres que de aquí resultaron contaban por

perdida á Roma antes de las guerras civiles. ¿Para qué pues no culpan primero á sus Dioses que con su mal exemplo los corrompiéron, y se quejaron de Jesu-Christo que manda la honestidad? Pero á los que dicen que allá en el retiro de sus altares encomiendan los Dioses la virtud, pregunto yo: ¿por qué la persuaden en secreto, si en público mandan que se representen sus obscenidades? Sin duda es mas poderoso el mal exemplo público para pervertir, que la doctrina oculta y sabida de pocos, para formar buenas costumbres. En las fiestas de Vesta, dice, veíamos la pompa y fausto de las rámeras, y que las matronas volvian los ojos por no ver los indecentes meneos de los obscénicos, sin atreverse á condenar lo que mandaban los Dioses, por no enojarlos: sin dudas son demonios; pues estos son los que encienden la imaginacion para las torpezas.

CAP. XXVII y XXVIII. Tulio dixo al

pueblo que habia cumplido con el oficio de Edil, pues aplacó á Flora con los juegos, y que en un peligro urgente se continuáron por diez días; pero hubiera sido mejor enojarlos con la honestidad, que ablandarlos con torpezas contra sus enemigos; porque estas debilitan para resistirles: se quejan pues estos impios, y mas los mas esclavizados de las pasiones, de los que los sacan de sus tinieblas á la luz de Jesu-Christo, y de la concurrencia de los Christianos á la Iglesia, separados los hombres de las mugeres en donde no oyen torpezas, sino la doctrina del Evangelio, ó los milagros que le han acreditado.

CAP. XXIX. En este último capítulo del segundo libro hace una eloqüente exhortación á los Romanos para que entren todos en la Iglesia; pues si antes no tuvieron luz, tenian ya la celestial del Evangelio. Que pues sola su razon natural abominaba las torpezas con que los

falsos nùmenes biquerian ser aplacados, debian salir quanto antes del poder de unos Dioses que los condenaron á la ignominia. No puede agradar á la Magestad Divina lo que desacredita á la dignidad humana, y la misma Roma conoció que eran dignos de infamia los representantes de las maldades de sus Dioses.

LIBRO III.

CAP. I y II. El mundo siempre ha padecido males; pero mas quieren algunos tener buena silla para descansar, que buena conciencia, y así solo temen los males del cuerpo; pero no se los excusaron los Dioses. Dice el Santo, que aunque pudiera hablar de todo el mundo, solo hablara de lo mucho que padeció el Imperio Romano antes de Christo, con cuya religion decian que les sobreviniéron las calamidades. ¿Por qué fue destruida Troya? responden, que Priamo pagó el perjuro con que Laomedonte fal-

tó á Apolo. Me admiro de que tan grande adivino se dexase engañar quando trabajaba por servir á un hombre en la fábrica de los muros de Troya, y de que este Dios pelease contra Neptuno siendo uno y otro los engañados: pero si los Dioses castigan á los perjuros, ¿qué hacian los Romanos quando los Senadores y el Pueblo resolvian con pasion, sino faltar diariamente al juramento? pues si estando en la absoluta corrupcion se observaba el rito antiguo de jurar, solo servia para que fuesen diarios los perjuros.

CAP. III y IV. De un solo golpe arruina el edificio de las fábulas: no pudieron los Dioses castigar el adulterio de París, porque ellos hacian lo mismo. Si Roma fue fabricada por los descendientes de Eneas, y este fue habido por concubito con Venus, ¿por qué disimularon con esta Diosa ó con Rómulo, hijo de Marte, y castigaron á París? Varron tuvo por

conveniente inventar que los hombres son hijos de los Dioses para animarlos; pero bien se ve que abrió un portillo para llenar el mundo de mentiras.

CAP. V y VI. Unos Dioses que se delectaban quando fingian y representaban sus adulterios, no podian condenar los de los hombres; pero no se puede defender á Silvia, madre de Rómulo, que fue Sacerdotisa de Vesta, y debiera ser enterrada viva: ¿cómo no vengó la Diosa este sacrilegio si estaba convencida del estupro? Y si tanto se irritaban los Dioses con los hombres, ¿por qué no vengaron el fratricidio de Rómulo que mató á su hermano ó le hizo matar? ¿Cómo no vengaron el parricidio que tambien cometió? ¿Cómo desampararon á Troya, y se declararon tutores de Roma? Dígase que los demonios se quedaron en Troya para engañar á los que habian de vivir en aquellas tierras, y fuéron á Roma á executar los mismos artificios, y recibir mayores glorias.

Is CAP. VII y VIII. Siendo los Romanos descendientes de Troya, y sus Dioses los mismos, ¿cómo estos no libertaron á Ilion de que sin merecerlo la quemase con todos sus moradores, no los Griegos, sino el malvado Fimbria, porque cerraron las puertas por conservarla para Sila que entonces defendia la República contra Mario? Pero los Dioses falsos adulan á los poderosos, y no ayudan á los infelices. Dirán que los Dioses de Troya estaban ya acostumbrados á vivir en Roma: y quando los Galos la quemaron, ¿cómo avisaron tan tarde por medio de los gansos, que apenas pudieron salvar la roca del Capitolio? estarian en Ilion.

CAP. IX y X. No es razon que atribuyan á los Dioses la paz del reynado de Numa; porque los beneficios de Dios por la mayor parte son comunes para buenos y malos, como el sol, y así hubiera Roma tenido paz por mas tiempo; y hasta Augusto solo un año cerraron las puertas